



En el vórtice del origen. Maquiavelo con Walter Benjamin

Domenico Scalzo¹

Recibido: 15 de abril de 2018 / Aceptado: 31 de octubre de 2019

Resumen. El ensayo se propone interpretar algunos momentos del pensamiento de Maquiavelo a la luz de la filosofía de Benjamin. El tema del origen de la política constituye el hilo rojo de la argumentación. Origen inmanente al devenir de la historia, que es inicio absoluto de una época, que no está separada por el tiempo, como un punto remoto e identificable, como una causa primera capaz de determinar el recorrido sucesivo. Origen que tiene que ver con la idea de la política absoluta, con la idea del conflicto y de la libertad de la política, que el ensayo despliega hasta su punto de catástrofe, en cuyo vórtice todo orden se arruina. Se hace un guiño final a los fragmentos mesiánicos diseminados en la obra de Maquiavelo, a su idea de redención.

Palabras clave: conflicto; orden; filosofía de la historia; política absoluta; libertad

[en] The vortex of origin

Abstract. The essay aims at interpreting some aspects of Machiavelli's thought in the light of Benjamin's philosophy. The topic of the origin of politics is the red thread of the arguments therein developed. In particular the essay focuses on the immanent origin in the becoming of history, which is the absolute beginning of an era; such immanent origin is not separated from time, but rather a remote and identifiable point in the time itself: a first cause which determines the path ahead. Such origin has to do with the idea of absolute politics, with the idea of conflict and freedom in politics, which the essay carries to its point of catastrophe, whose vortex ruins any possible order. A final reference is made to the messianic splinters scattered in Machiavelli's work and to Machiavelli's idea of redemption.

Keywords: conflict; order; philosophy of history; absolute politics; freedom.

Sumario: I. II. III. IV. Bibliografía.

Cómo citar: Scalzo, D. (2019). En el vórtice del origen. Maquiavelo con Walter Benjamin, en *Ingenium. Revista Electrónica de Pensamiento Moderno y Metodología en Historia de la Ideas* 13, 101-119.

¹ FALTA CENTRO
domenico.scalzo@uniurb.it

I

Siempre me he imaginado a Maquiavelo enviando la célebre carta a Francesco Vettori del 10 de diciembre de 1513². La carta en la cual le comunica haber compuesto un opúsculo, *De principatibus*, y querer confiarlo a un príncipe, *et maxime* a un príncipe nuevo. Una obra para ofrecer a un descendiente de aquellos señores Medici que lo habían apartado de todo cargo público para que así pudieran ver cómo no había ni dormido ni jugado en los quince años que estuvo estudiando el arte del estado. Una impronta de dignidad humana, no un miserable acto de cortesía. Un don no envenenado, que no impone la obligación de intercambio, de restituir el cargo perdido, porque solamente expresa una manifestación de gracia, nunca un deseo de adquirirla, que da algo que no puede tenerse para sí, de lo cual el autor ya no se siente amo. Un testimonio tendente a reconocer el servicio hecho a la verdad de la política, una investigación llevada a cabo, aún antes de ser aprendida o reunida, por parte de quien ha atravesado la variedad de los campos del saber, y busca donde ya ha encontrado, juzgando los humores, la diversa naturaleza de los pueblos; una obra que se considera útil para aquellos que la entienden, como se conviene cuando la cognición de las acciones de los hombres surge de una larga experiencia de las cosas modernas y de una lección continua de las antiguas. Quizás el primer mapa de un nuevo mundo de la política, de sus tierras incógnitas, donde están contenidos los signos que describen particularmente cómo la propia época ha venido a encontrarse con momentos pasados bien determinados de la historia.

Todavía me sorprende la motivación de la obra. Su portadilla ideal. Aquello que sigue al título, allí donde escribe que ha ido tan profundo como ha podido en el pensamiento de un tema tan serio, “disputando qué es principado, de cuáles especies son, cómo se adquieren, cómo se mantienen, por qué se pierden”³. Palabras directas y naturales, no frases hechas, enunciados que regresan de los abismos, sin el ornamento de cláusulas amplias, sino por el camino más breve, mientras cada fórmula de la tradición se ha debilitado, que me convencen todavía de un punto sobre el inicio de la noche, en el atardecer de la política: la materia de la obra es una cosa viva, disputada, y se la busca donde la tensión de los opuestos es máxima, en el campo de fuerza del origen, cuando el pensamiento se detiene en una contemplación viviente de los modos, delante del juego de sus contradicciones, y la política se evade como una imagen dialéctica antes de caer en las redes del concepto y arruinarse. Descubro mis cartas. La hora de la legibilidad de Maquiavelo llega cuando está orientada por la constelación de pensamiento bajo el nombre de Walter Benjamin⁴. O, para decirlo mejor, son las tesis de la filosofía de la historia de éste último —escritas cuando el filósofo estaba en fuga, solo y perdido—, es la voluntad de destrozarse la idea de un *con-*

² N. Machiavelli, *Lettere*, ed. F. Gaeta, Feltrinelli, Milano 1981. En español: N. Maquiavelo, *Epistolario 1512-1527*, ed. y trad. de S. Mastrangelo. Fondo de Cultura Económica, México, 2015.

³ *Ibid.*, p. 304 [138].

⁴ La referencia a las obras completas de Benjamin, *Gesammelte Schriften*, R. Tiedemann e H. Schweppenhäuser (eds.), Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1972-1989 (en adelante *GS*). Desde *El origen del drama barroco alemán* a *Pasajes de París*, de *Para una crítica de la violencia* a *Sobre el concepto de historia*, y finalmente desde *Fragmento teológico-político* a *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*: esta es la constelación de pensamiento que orienta a este escrito a lo largo de su camino. En algunas ocasiones en nota al pie se hace referencia directa a los libros de Benjamin, en otras llevo a cabo un montaje de citas desde sus textos, en línea con el arte de la escritura practicado por el autor.

tinuum del tiempo en el lugar del presente en el cual se construye la historia, como el ahora en el que están diseminados e incluidos fragmentos del tiempo mesiánico; sí, es la idea principal del texto que el historiador tenga la tarea de reconocer en todo lo que sucede una oportunidad revolucionaria en la lucha a favor del pasado oprimido –el salto del tigre en la arena en la que yacen generaciones enteras de vencidos– el gesto que reactiva en la obra la memoria de los olvidados, que les ofrece la posibilidad de la redención y corresponde a la exigencia de justicia de una acción inacabada a la espera de ser reanudada, otorgándonos el poder de las llaves para ingresar en las remotas estancias “en las que se engrasa y pule” la política de la tentación del conformismo como de todo ensimismamiento emocional con la historia de los ganadores. Maquiavelo como el primer historiador materialista.

Cierto, *El Príncipe* es un fenómeno de origen de la política moderna⁵. Y como origen está en el flujo del devenir de la historia arrastrando dentro del propio ritmo el material de su procedencia. No obstante, la génesis de la obra todavía está en la pequeña campiña de San Andrés en Percussina –nunca se ha alejado de los ociosos condenados del *Albergaccio*– donde un hombre golpeado por la gran malicia de la fortuna se obstina en detener su inquieta rueda en el punto más bajo. Maquiavelo es nuestro contemporáneo también por lo que sucede en este fragmento de tiempo, por las extravagancias que quedan al final del juego, por la potencia discreta del estudio donde una vida habita su propio destino. Expulsado de la ciudad como un *homo sacer*, reingresa en un mundo interior, pero sin refugiarse nunca en él, su vida desnuda (*nuda vita*) expresa en todas partes la presencia del espíritu, pero también recibe todavía afectos y sensaciones cuando su razonamiento parece dejar fuera del campo de la propia observación las cosas sensibles y la imaginación parece danzar con los propios fantasmas. Nunca resulta aplastado por el peso de su destino. Se lee y se está delante de un hombre que piensa y siente, destruye y crea, que quiere su sufrimiento, pero sin rendirse a él, o aceptándolo como un castigo que expía su culpa. A un hombre que sabe que la historia es reflexión de un destino, que la historia crea la propia imagen donde está más expuesta al peligro, porque lo que es solo suyo es un pasado que no traiciona, el hacer de su parte, el ser de la propia facción, la razón de su existencia, al lado de la demanda de los grandes por usurpar el poder, como si lo público fuese su dominio exclusivo; o bien, el punto de vista del pueblo que defiende la propia libertad, al cual pertenece más por nacimiento que por elección, la parte de aquellos que no tienen parte en la filosofía –la parte que está privada de palabra política, de *logos*– como tampoco en la historia, cuyas memorias anticuarias o monumentales están escritas por un enemigo que nunca ha dejado de vencer, esa misma historia que él cepilla a contrapelo, una tarea crítica que le ha sido confiada por una libertad que no oculta la potencia como la impotencia del ser, en la hora que no tiene más hermanas, que sobrevive a su tragedia. Maquiavelo tiene la fuerza de carácter. Arrasa cada jerarquía y cada rango que no se predispone a la mutación como a la única fuerza de la vida. Y te deja pensativo, como dijo de él, una vez, De Sanctis⁶.

La inteligencia de la política solo puede ganar si asume su origen como inmanente al devenir de la historia, como un inicio que dura con la cosa misma, enraizado en la esencia de la cosa. Un origen que no está separado en el tiempo, como su punto

⁵ N. Machiavelli, *Il Principe e Discorsi*, ed. S. Bertelli, Milano, Feltrinelli, 1981. En español: N. Maquiavelo, *El príncipe*, edición y traducción Ivana Costa, Buenos Aires, Colihue, 2012.

⁶ F. De Sanctis, *Storia della letteratura italiana*, Milano, Rizzoli, 1983.

remoto e identificable, como una primera causa capaz de determinar la trayectoria sucesiva⁷. Un origen que no se extingue con el instante de su variación, como juventud que, sin embargo, escapa debido a que la cosa es su misma variación, la madurez, la firme y autónoma potencia de transformación, coextensiva al proceso entero al que ha dado lugar. La inteligencia de la política adquirida, no pierde, por lo tanto, más bien persevera en su propia energía, si desciende y mantiene su virtud en el vórtice del origen, entra en el remolino en el que el mal toma forma, donde un inagotable conflicto de fuerzas opuestas empuja y regenera todas las formas de vida. También en la inminencia de la catástrofe. Sea un tal vórtice del origen. Una forma separada del flujo del cual continúa siendo parte –que tiene sus propias leyes, leyes que son solo suyas– pero conectada al todo en el que está inmersa, hecha de la misma materia de lo que la circunda. Allí, en ese movimiento, donde la tragedia es la potencia en acción, la política, volviéndose hacia las variaciones de la realidad, haciéndose accesible a sus mandatos, instituye una figura, gana un lugar, entra en el campo de tensión en el que nuevamente su idea se enfrenta al mundo histórico. *El príncipe* como una disputa sobre la materia de la verdad. Un conflicto en el que la *virtù* se vuelve hacia cada representación muerta, toma su vida en sus manos y cava el lecho de sus propios deseos para que el río de la fortuna no se detenga y anegue, sino que gire, precisamente, siguiendo su curso con terraplenes y refugios, sin que nunca las agitadas aguas de la coyuntura dejen de arremolinarse. Aquí la política está expuesta a los vientos del cambio como un oído a la música de la ocasión, a seguir los tumultos de las pasiones mientras cambian de sonido y de color, o se materializan de lo sensible, a exaltar los humores del pueblo, la desunión de la ciudad, menos la lucha de las facciones, o la guerra civil, y en ocasiones a encontrar en la fuga, incluso antes que en el cotejar en la fuga, incluso antes que en la resistencia, el propio poder, despertando la felicidad de la acción, su potencia de ser, en el proceder de acuerdo a la calidad de los tiempos, a través de la contingencia del acontecimiento.⁸ Érase una vez la política. Respeto e ímpetu, no charla ni distinción. En verdad, ímpetu más que respeto.

Pero hay más. El exilio de la palabra en San Casciano ha donado al lenguaje de la política su gran estilo –el florentino ciudadano–. Un estilo que no piensa en la forma, sino que deviene maestro de la forma.⁹ Un estilo con una rica antinomicidad, pero en la unidad de lo simple, que aumenta la seguridad del análisis en la medida en que conserva la suma plenitud de la vida. Un estilo que, sin buscarla, encuentra la prosa de Dante y Boccaccio, que retoma el uso de la lengua vernácula, querida por el *Certame* promovido por Alberti, después del retorno a los modelos lingüísticos de la antigüedad clásica practicado por la reacción humanista, de modo que ningún otro sentimiento pueda entenderse fuera del intelecto natural y verdadero de las palabras.

⁷ Sobre el fenómeno del origen, el texto es W. Benjamin, *Il dramma barocco tedesco*, en *GS*, II, cit. Cfr: G. Agamben, *Il fuoco e il racconto*, Roma, nottetempo, 2004. Sobre Machiavelli pensador del origen, R. Esposito, *Pensiero vivente*, Torino, Einaudi, 2010. Pero el pensamiento del secretario florentino está en el centro de la reflexión de Esposito desde *Ordine e conflitto*, Napoli, Liguori, 1984 a *Politica e negazione*, Torino, Einaudi, 2018.

⁸ L. Althusser, *Machiavelli et nous*, Paris, Tallandier, 2009.

⁹ Sobre el estilo de Machiavelli, cfr. Oltre a De Sanctis, *Storia della letteratura italiana*; L. Russo, *Machiavelli*, Bari, Laterza, 1947; F. Chiappelli, *Studi sul linguaggio di Machiavelli*, Firenze, Le Monnier, 1952; B. Migliorini, *Storia della lingua italiana*, Firenze, Sansoni, 1966; G. Devoto, *Il linguaggio d'Italia*, Milano, Rizzoli, 1974; C. Dionisotti, *Machiavellerie*, Torino, Einaudi, 1980. Indicaciones útiles se encuentran también en F. Chabod, *Scritti su Machiavelli*, Torino, Einaudi, 1983 y el C. Ginzburg, «Machiavelli, l'eccezione e la regola», *Quaderni Storici* 112 /xxxviii, 1, (2003).

Un estilo que no distorsionan los despachos de quien, recordemos, durante quince años fue primero secretario de la Señoría florentina y luego de la República, maestro del lenguaje maduro y digno de la Cancillería, expresado en legaciones y comisiones; un lenguaje que otorga preferencia al idioma vernáculo sobre el latín porque cree utilísimo declarar franca y abiertamente, sin un punto de simulación o bien de disimulo, cuál sea la verdadera intención y el propósito puro y sincero de cada uno. El gran estilo de *messer* Nicolás. Un estilo de pensamiento agudo y breve, refinado y astuto, dilemático, que es, al mismo tiempo, un discurso de la lógica estricta, aunque adherente a la variedad de las cosas: estancias nunca decoradas con amplias cláusulas y palabras ampulosas, donde se pasa del razonamiento piramidal típico de los escolásticos al razonamiento en cadena de los nuevos tiempos, antes de que el orden artificial de la razón ocupe el lugar principal del discurso y cierre puertas y ventanas a cada posible escape de las líneas de fuerza que cruzan el cuadro o reflejan la prosa del mundo. Un estilo sin corte de época, sin falsos silogismos travestidos de ideas que presumen de la supuesta existencia de universales, cuyos hechos se extraen de la historia y se presentan con una simplicidad igual a su energía. Un estilo popular que connota al príncipe a la experiencia del arte, y nunca lo somete a un dogma de la teología o a un experimento de la ciencia, que considera al estado como propio sujeto, y nunca lo entiende como una sustancia ni lo produce como una máquina.

Los hechos son conocidos. Más que un cambio de siglo, un presente en el que el tiempo está en estado de espera, aunque cargado de tensiones. Fin de la paz de Lodi. Ulteriores trastornos de la vida italiana: el dominio veneciano se desmorona, Julio II se une a Fernando el Católico, Ravena ve desvanecer las ambiciones hegemónicas del rey de Francia, Prato abre el camino al colapso de la efímera república florentina. Regresan los Medici. Pier Soderini va al exilio en Ragusa, y Maquiavelo no es suficientemente diplomático para hacerse apreciar por el gobierno restaurado –hombre que tiene opiniones fuera de lo común, inventor de cosas nuevas e insólitas, como una vez Guicciardini dijo sobre él– provisto, en cualquier caso, de una imaginación de la política que lo hace sospechoso si bien útil, presenta una nunca quieta creatividad de juicio con la proscripción de la ciudad, después de haber sufrido la prisión por la acusación de participar en la conjura de Boscoli, junto con sus amigos platónicos de los *Orti Oricellari*, los mismos a cuya liberalidad confiará los *Discursos*. Esos pobres relatos suyos sobre la República romana, la disputa sobre sus órdenes, “la desunión que había entre la plebe y el Senado”, la guardia de la libertad, que extrae por la fuerza del *continuum* de la historia. La villa es tranquila, solitaria. Pero las horas y los días no pasan alegres. Sin embargo, la amargura que se complace de lo procaz y lo grotesco no siempre es llevada a la escena por los apuntadores de la fortuna. Los asuntos prácticos están muy lejos. La vida infame. El abandono no se distrae con ninguna aventura sexual, ni el amor extremo por Berbera llena el vacío de una posesión duradera¹⁰.

¹⁰ R. Ridolfi, *Vita di Niccolò Machiavelli*, Firenze, Sansoni, 1969; M. Viroli, *Il sorriso di Niccolò*, Bari, Laterza, 2013.

II

La carta “responde”. Vettori había descrito su vida como embajador en Roma¹¹. Las comodidades, la sobriedad, la oficina, pero también las diversiones. Un ostentoso alejamiento de la conversación de la buena sociedad. Un gusto por la vida que habría querido compartir una vez más con su amigo y compañero, aunque sea solo porque volviendo a casa pudiese chancear, o reírse y beber. Y luego la lista de lecturas nocturnas poco probables. Serios historiadores romanos. La ingenua ostentación de una cultura que nunca lo abandonará. Tampoco había olvidado recordarle al otro, que voluntariamente lo había dejado atrás, la necesidad de santificar las fiestas. Maquiavelo le describe su propia vida para hacer paridad de gracias y probar si el amigo, juzgándola, la quisiese trocar con la suya. Un hilo de ironía, que sofrené la lamentación, recorre su página. Los tonos emocionales, la condición existencial, las cosas secretas del ánimo y el estudio del arte del estado se disponen con extrema discreción en una armonía de opuestos igual al sonido del arco y la lira. Los infinitos *incidentes* de palabras injuriosas y las antiguas cortes de hombres antiguos. Los juegos de cartas, las apuestas de un solo cobre, y la amorosa correspondencia con los libros, sus lecciones, “ese alimento que solo (*solum*) es el mío, y que yo nací para él”. Una cultura retenida y hecha ciencia, como él escribe, citando al amado Dante, después de las maldades y la disipación matutina en compañía del hostero y el molinero, al regresar de la espesura en el borde de las tierras cultivadas, donde tomó parte en los conflictos entre leñadores. La ropa cotidiana llena de “fango y suciedad” y los paños reales y curiales, el hábito de vestirse “apropiadamente” tan pronto como cruza el umbral de la casa. El día y la noche. Diálogo con los vivos y los muertos.

Ciertamente, en los meses precedentes, la correspondencia con Vettori había reencendido la pasión política y reabierto los circuitos del análisis de las *historias*, a pesar de que él se hubiese arrojado en el silencio prefiriendo apartarse del bosque y llegar a una fuente, como un extranjero con un libro bajo el brazo, disfrutando del pensamiento de Ovidio o Petrarca¹². El juego de los *grandes* no le había hecho concesiones. Sus maniobras, las tramas de los potentes, entre los cuales tenía, en vano, tantas fatigas que habían durado mucho y en las cuales había gastado tanto tiempo, se insinuaban en su soledad forzada. Una fiebre lo mantenía atado a la vida y sus dramas, desvaneciéndose, incluso antes de que apareciera, la arcadia de los sentimientos o las academias de la erudición. La tregua que Fernando el Católico había concedido a Luis XII, sin molestarse en tener un acuerdo previo con los poderes que junto con España formaron la Liga anti francesa, y el gran escándalo que siguió en las cortes europeas, habían vuelto a traer sus discursos sobre el asunto. Y si Vettori había permanecido desorientado frente a las trayectorias imprevisibles de esos golpes, renunciando a la tensión de la búsqueda de sus causas después de horas de investigación inútil, convenciéndose que bajo la superficie de las cosas actúa una realidad no intencionada, Maquiavelo había enfrentado a la oscuridad de los *arcana imperii*, y puesto en marcha su propia indagación, alejado del ruido de la historia, al apostar por la inteligencia de la política que se puede aprender en la calle, en la posada, en el estudio.

¹¹ Cfr. La carta de Vettori a Machiavelli del 23 noviembre de 1513, en Machiavelli, *Lettere*, pp. 297-300 [131-133].

¹² *Ibid.*, pp. 250-258 [92-97]. La carta de Machiavelli a Vettori del 29 de abril de 1513.

Rompiendo el silencio, movido por la mera autoridad de una razón participante y mimética, se lo escucha confiar en un método que habría encontrado solo en las vías del pensamiento, en un pasaje en el límite entre la excepción y la regla, donde se abría la brecha a la irresistible irrupción de la fortuna, una palabra que pudiese corresponder a esos eventos, revelar el secreto que se esconde detrás de las máscaras del poder. Y ves todo un mundo de reyes, príncipes, cortes, papas o emperadores derramado en la calle o en la hostería, donde un hombre se “estupidiza” y saca el cerebro del moho, mezclándose con las preguntas dirigidas a todos los paseantes, para recoger noticias de sus pueblos, de ese mundo urbano en el que había vivido anteriormente: una antropología plural de voces que renueva en la miseria aquél tiempo feliz cuando había viajado por Francia o la Magna, experimentando las cosas modernas. Todavía un retrato, pero en claroscuro, de los diferentes gustos y diferentes fantasías de los hombres, un pensamiento en imagen, como por otras rocas la pintura de Leonardo, anacronismos de figuras, analogías, señales y su índice histórico, en engaño de toda regla general, de una verdad inmutable, o de la autoevidencia de un principio unitario. Solamente la luz del rayo en la cual el pasado viene a converger con el presente en una constelación antes de que el trueno comience a resonar. La luz negra del Príncipe nuevo. Pero también el *pathos* heroico por el destino de una mísera Italia, la nave sin timonel en una poderosa tormenta, que la gran política, la política de “potencia” de los constituyentes estados nacionales europeos, pone en disputa y en dilema, donde los dos reyes ven que es materia aún para deshacer y hueso para roer. Huele a dominio bárbaro. Una corrupción de la materia política a la cual Maquiavelo cree que puede poner remedio recomendando “armas propias” al príncipe, o retirarse en la única fortaleza que puede protegerlo de los forasteros, el favor del pueblo, teniendo por *virtù* la energía vital que cada acción trae hacia sí en el encuentro con el único caso aleatorio, un desafío, si se quiere también un sujeto de conocimiento, que derrota la realidad, que la fuerza, la realiza, antes de que el valor antiguo muera en el corazón mismo de la política. Gira sus últimas páginas y ahí está la imagen que se evade en el instante de peligro de su exhortación a apoderarse de Italia y liberarla de las manos de un dominio incontrolado y total antes de que sea tarde, demasiado tarde. La supervivencia de lo antiguo. El descubrimiento de Warburg que más apasionó a Benjamin a pesar de su encuentro fallido. La vida póstuma de la obra de arte política. Una práctica común para constituir la vida como una forma de vida. Tarea de un sujeto histórico, pero también operación a través de la cual el pasado que parecía en sí mismo cerrado e inaccesible, en su representación muerta, recupera, por nosotros, su movimiento, deviene otra vez posible, como una figura en cuya efectuación, siempre de nuevo, la política se confronta con el mundo histórico¹³.

Sin embargo, la carta a Vettori del 10 de diciembre de 1513 es diferente de las demás. Ni siquiera la correspondencia con Guicciardini –el hombre que más lo conocía, el amigo, cuyo sentido crítico refina su sinceridad, delante del cual nunca un sentimiento suyo aparecería como una falta de pudor, de resignación, una forma negativa de escepticismo o, peor aún, de crudo cinismo– contiene la palabra que viene del extremo posible. La palabra que contradice cada lógica del poder, rompe el orden del discurso, dobla la regla general que nunca o raramente falla. Maquiavelo no es solamente *reprobado* por la fortuna, olvidado como una cosa colocada en la esquina,

¹³ W. Benjamin, *Sul concetto di storia*, en *GS*, VII, cit.

solo como un vencido en los márgenes de la historia, golpeado por una variación impredecible de eventos que la inteligencia de la política no pudo encontrar en la realidad; Maquiavelo no solo es melancólico, como cualquier político en el acto en el que abandona la escena, cuando su acción ya no está iluminada por la *virtù*. Él nunca contemplará el cráneo de un hombre muerto. No, su destino cae en el vórtice del origen, su derrota es trágica, despiadada, radical, sin mediación, no busca acuerdos o tratados de paz con el enemigo, ni practica rituales de degradación. La que tienes delante es una derrota que yace acabada en la totalidad de su historia porque está atravesada por la vida del pensamiento, más bien que elaborada por el duelo de la filosofía, sostenida por una mirada que aún imagina, que conoce la divergencia, pero que nunca se engaña sobre el final feliz de la posibilidad. Una derrota jugada, como el animal, en el mismo campo en el que se la ha engordado: los jardines de la fortuna. Aquí hay una materia inmanente, viscosa, escabrosa, que provoca repugnancia, invisible como los piojos –sí, esos mismos piojos por Homero desconocidos, y por los cuales él muere de desánimo, sin poder corresponder el enigma que le fue dirigido por algunos marineros, temerarios de la búsqueda y del intento, según el signo oscuro de Heráclito; esos piojos suyos que Maquiavelo evocará en otra carta a su compañero como la única compañía en la que se encuentra sin hallar hombre que de su servidumbre se acuerde, o crea que pueda ser bueno para algo –enredarse aún más estrechamente al cuerpo y la mente, y sin nada más que se le oponga, haga resistencia, la rechace, o que el cuerpo que soy, de hecho, sea–. Nada, excepto el deseo extremo de desaparecer, dejar su brigada, establecerse en el desierto para enseñar a leer a los niños¹⁴. Aquí está el campo de la fortuna convirtiéndose en hierba, bosque, colina, desierto, erradicando la madera torcida de la humanidad y trasplantando vida donde la vida no está –estaríamos equivocados al evocar la llanura del olvido en una tierra tan desconocida por el yo– y abrirse un teatro de pasiones donde nacen mil contiendas, la comedia del arte, el vino fuerte de los engaños que desahogar su malignidad, la inocencia y el olvido, pero como una tragedia que anega dentro de la propia catarsis. Maquiavelo es historiador porque es cómico y trágico contemporáneamente por una abierta e irreparable contradicción de la realidad. No obstante, es la acción de todas estas cosas en conjunto la que deshace el hábito de la *virtù*, como si un velo de maya se hubiese arrancado y se agitase, ahora reducido a jirones, sobre la tragedia de la política, al menos para mí.

Siento que hay un pasaje, un límite, un confin, una rotura y una continuidad, un aria, entre jugar a *cricca*, un *triche-tach* y leer Livio o razonar sobre la grandeza y la decadencia de los Romanos. Entre la *Riccia*, el *Riccio* y los juguetes de Cornelia. Es el mismo hombre, y no puede dejar de serlo si es un hombre sabio al que escuchamos, el hombre que bebe, come y se viste, el hombre que se cuida a sí mismo y a los demás, pero como un verdadero cínico que no tiene la preocupación por ser recogido y pisoteado en el mal camino por quien llega y pasa, quien se levanta y cae después de cada ofensa, un vencido que escribe su propia historia, convencido de que el enemigo nunca ha dejado de ganar, para ver si allí, junto a aquel extremo posible, la fortuna no se avergüenza de perseguirlo. Es un hombre antiguo que habla. Un hombre que ciertamente conoce la miseria y los caprichos involuntarios de la

¹⁴ Machiavelli, *Lettere*, p. 343 [172]. La carta a Vettori es del 10 de junio de 1514. La carta sigue al fracaso del intento de presentar el manuscrito del *Principe* a la corte papal. Cfr. S. Landi, *Lo sguardo di Machiavelli*, Bologna, il Mulino, 2017.

causalidad, pero no cree que aquellos quiten la grandeza de la desventura humana. Muy por el contrario. Él es un hombre que sabe cómo en cada momento la alegría puede darse vuelta en el desengaño más amargo. Sí. Trágico es su naufragio frente a la suerte: su felicidad, como su infelicidad, no traiciona la pequeñez, cae después de un largo ascenso. Refleja el destino de la historia¹⁵. En el teatro de la simulación y el disimulo del yo, donde el ser se confunde con el aparecer, y el mundo se ha convertido en una fábula, el autor de *La mandrágora* asume una máscara desnuda. No solamente coreografía el espacio de la historia, de las duplicidades, de las mentiras o de las voces calumniosas, como si la historia estuviese afligida por el dolor del mundo y significase únicamente en las estaciones de su decadencia. Porque la vida aún no es un sueño o, peor, una pura alegoría. O bien, su acción no se desarrolla en el teatro barroco en el cual Benjamin representó la condición de la criatura delante a la explosión catastrófica de la soberanía, evocando precisamente a Maquiavelo como aquel que delineó por primera vez la figura clave del drama: el intrigante, el conspirador carente de escrúpulos que maneja los hijos de un soberano malhadado, según un esquema heredado de la tradición en virtud de la cual su obra combina pensamiento político y principios antropológicos sobre la naturaleza humana, por el objetivo de una despiadada búsqueda del poder que necesariamente conduce a su ruina¹⁶. No, solamente un silencio trágico arranca al origen de la política de su fundación, o bien dirige la vida desnuda (*nuda vita*) del hombre al lugar mismo en el cual recibe la fuerza de su carácter de la debilidad de sus propias miserias. Y sientes cómo frente a la vergüenza encuentra coraje y piedad, y nunca busca la conmiseración o la rendición. Ni, mucho menos, la cruz del martirio. Casi como si la vergüenza fuera el índice de una proximidad inaudita, atemorizante, del hombre consigo mismo. Y que, en su mano íntima, la lucha con su destino se desenvuelva todavía otra vez. Como tampoco cuando se darán vuelta las cartas secretas de la razón de estado o se desvelarán los engaños de la corte.

Siempre he pensado aquella noche, allí en San Casciano, como iluminada por la estela de la redención, casi un envío de la profecía, su último don, antes de disiparse para siempre de nuestras almas modernas. Abandoné *Il dramma barocco tedesco* en la elaboración del propio luto en aquél primitivo pasaje petrificado que debido a él se transformó la historia. He vuelto a tomar en mis manos las tesis *Sul concetto di storia* para sentir la atmósfera que se respiró entre las personas que convivieron en aquellas “cortes antiguas”, como si su soplo pudiese tocarnos también a nosotros, sus contemporáneos¹⁷. No he aprendido todavía a cubrirme cuando sopla el viento de la revolución. Creo que una cita secreta entre generaciones de historiadores haya tenido lugar en ese estudio; que Maquiavelo haya sido esperado en esta tierra; que esos antiguos hombres, aquellos que han vivido, visto, leído y atestiguado, y por lo tanto saben, acudan a su escritorio como presencia de espíritu, otra manera de ser sombras, como si por la fortuna hubieran tenido noticia de que un hombre todavía estaba allí en esas estancias, uno que ellos quieren hacer de su grupo, porque reconocen en él la misma fuerza de carácter, aquel que puede recibirlos amorosamente, un hombre que ha liberado la vergüenza a lo largo del camino y ahora puede hablar francamente al poder sin caer víctima del autoreferimiento con el vencedor de turno. Un hombre

¹⁵ Cfr. M. Tronti, *Politica e Destino*, Roma, Luca Sossella, 2006.

¹⁶ W. Benjamin, *Il dramma barocco tedesco*, en *GS*, II, cit.

¹⁷ W. Benjamin, *Sul concetto di storia*, en *GS*, VII, cit.

que, cruzado el portal, puede dejar abierta la puerta de la casa a la contemplación de sí, confiar en su benevolencia, establecerse en tal uso, ser comprendido antes de comprender, y preguntar la razón de sus acciones, como si entrar desde ese umbral fuese la acción de sí sobre sí. Un medio puro, sin un fin que lo justifique. O bien su inoperatividad.¹⁸ Sí, solo así, él puede preguntarles sobre los eventos porque puede juzgar –lo ha aprendido de la historia incluso antes que de la filosofía– cuánto la razón sea la propia acción, cómo el pensamiento actúe cuando realmente piensa. Él sabe, y sin anhelar nada, pero tampoco sin desesperar del todo, puede aguardar que le respondan con humanidad. Aquí está una *Ethica more usus demonstrata*. La copresencia de los vivos y de los muertos. Una meditación sobre la vida. Aquí está la reflexión sobre el propio destino, el punto álgido de la tragedia, la culminación de lo posible, el imposible al que Maquiavelo nos llama. Aquella débil fuerza mesiánica que él nos entrega y de la cual el pasado tiene derecho. El evento raro. Un verdadero estado de excepción para oponer al estado de excepción formal cuando este se convierte en la regla, como habría dicho Benjamin, evocando la tradición de los oprimidos para mejorar *nuestra* posición en la lucha contra el fascismo¹⁹. El rescate de los vencidos. El elevarse de la historia del eterno retorno de lo mismo. Aquí está la palabra que nos falta: “y no siento por cuatro horas de tiempo molestia alguna, olvido todo afán, no temo a la pobreza, no me asusta la muerte: todo me transfirió a ellos”²⁰.

III

La palabra que a nosotros nos falta. Es contemplación viviente, no remoción psíquica. Ni estoico desinterés. Pero cada comentario *arruina*. Incluso la memoria se pulveriza. Y así la imaginación, la cual está en juego en el alma que ya no tiene lamento. “Todo me transfirió a ellos”. Guarda con considerar la vida que se encierra en la sabiduría, o el poder, si se prefiere, de un estudio, como en la quietud concentrada de la palabra que escucha y dice, la maldición del mito romántico del genio y de la extravagancia. El éxtasis temporal de tal ascetismo existencial deja espacio para una sola cosa: la libertad de la política. A la vida mientras sucede. Un lugar inmenso donde cada uno es llamado a convenir, por casualidad o necesidad, pero sin obligación o contrato. No solo los hombres antiguos, incluso nosotros, sus contemporáneos, hombres sin cualidad, *apersonados* en su portal, como habría escrito Leopardi, somos recibidos por un pensamiento de la praxis que no sigue los protocolos abstractos de la filosofía política, aunque no corra detrás del sentido común. Solamente hace falta que dejemos fuera de casa las ideas que hemos aprendido en el camino principal de la filosofía. Que allí donde se puede lo que se quiere, en política, se llegue por nuestro ágil camino asfaltado, como dos amantes a Creta, y no se pregunte más. Maquiavelo no es Hobbes. El vórtice del origen nunca yacerá en la tierra de la fundación. En vano se buscará en él una política que niegue las propias pasiones. Él viene antes de su tiempo en Inglaterra. Como no crea de la nada, de ahí que la angustia del fin del mundo es revelación de una profecía, no dispersión de la redención. O el atizar nuevamente en el pasado la chispa de la esperanza como el don que porta a manos

¹⁸ Sobre el tema cfr. G. Agamben, *L'uso dei corpi*, Vicenza, Neri Pozza, 2014.

¹⁹ W. Benjamin, *Sul concetto di storia*, en *GS*, VII, cit.

²⁰ Machiavelli, *Lettere*, cit., p. 304 [138].

llenas solamente el historiador que está compenetrado de la idea que ni siquiera los muertos estarían al resguardo del enemigo, si él vence.²¹

Por supuesto, Hobbes también, después de él, pensó la política radicalmente; Hobbes tampoco ha disfrazado el poder, su peso, sus secretos, el miedo que al poder se confía o se obliga y el miedo que el poder infunde para recaudar su deuda de vida. Ciertamente también Hobbes conoce qué es el miedo, cómo el miedo es nuestro, tanto mío como tuyo, cómo nosotros nacemos con él. También Hobbes entiende que somos nosotros quienes tenemos miedo, que nosotros, las mujeres y los hombres, no somos otra cosa por el miedo, que cada individuo está sujeto por el miedo. Hobbes también sabe que todos viven el propio miedo a una muerte violenta o prematura.²² Que de la muerte también se pueda tener terror. A veces se tiene la impresión de que escriba solo para tener coraje frente al miedo, allí donde el secretario florentino describe la verdadera cognición del dolor, y máxime, de la historia. Pero seguimos siendo humanos. Pensamos en la política –en la política de Hobbes, la negociación soberana– y el miedo se convierte en pasión originaria, fundamento, producción de orden, su conservación. Con el debido respeto a sus intérpretes liberales, no hay nada más en la tierra desolada, bajo la espada y el báculo, que la huida de una muerte de la que no se tiene escapatoria. Me explico. Carl Schmitt, que incluso hizo una lectura discutible del *Leviatán*, cuando fue atrapado por el deseo de un monstruo, comprendió en qué medida la representación del poder absoluto presupone la entrada en escena de una pasión dominante en el teatro barroco. O sea, contratas el Estado para interpretar el papel de un sujeto de miedo que pacta consigo mismo. Un miedo del cual el sujeto se aferra, que, de caótico, recíproco, se vuelve común, civil. Fue suya la decisión de dramatizar la obra: “El terror del estado de naturaleza hace reunir a individuos llenos de miedo, su miedo se eleva en extremo, aparece una chispa de la ‘razón’ y repentinamente delante nuestro se yergue el nuevo Dios”.²³ Aquí hay una pasión que amenaza y pierde a la vida, pero también un interés que mantiene y protege la vida. Ves a Hobbes y luego no mueres, pero la vida que se observa en el orden de su discurso está asegurada por el peligro al que se contraponen el movimiento de las propias pasiones. Esa vida es tomada en su interior pero dejada afuera. Incluida y excluida del dispositivo de mando.

Maquiavelo no suscribe pólizas sobre la vida. La vida que llega a la política para darse una forma calificada de existencia, o la política que vuelve a la vida para beber agua en su fuente, no tiene solo el coraje de su propio miedo sino la voluntad de su potencia. La voluntad del *vivere liberi*. Una voluntad de potencia que, en cuanto tal, se da y se recoge, incluso cuando el pueblo no cumple sus promesas, abandona su opinión universal y se deja engañar por los manejos de los grandes que lo quieren oprimir. Sí, por “cuatro horas” aquella vida siente literalmente nada y todo, nunca está separada de sí misma. Es contacto. Expresión. Lucha de por vida, reclamando todas sus fuerzas, contra la muerte. Huye, resiste, entra en conflicto, se diferencia o se reencuentra, en el corazón del orden, en un tumulto de las pasiones. Precipita en el vórtice del origen. Se aleja. O bien, se refleja o se ilumina, regenera, diría, en una experiencia que vence el miedo como nunca el poder apaga a sus enemigos. Deviene la misma plenitud de la fortuna y los terraplenes y los refugios. Respeto e

²¹ W. Benjamin, *Sul concetto di storia*, en *GS*, VII, cit.

²² Cfr. R. Esposito, *Communitas*, Torino, Einaudi, 1998.

²³ C. Schmitt, *Scritti su Hobbes*, ed. C. Galli, Milano, Giuffrè, 1986, p. 48.

ímpetu. Para luego juzgar que es mejor ser impetuosa que respetable, o parecer así, porque nunca un mundo en el que solo existe el vulgo reconoce el respeto. Esta es su clásica lección de vida. La experiencia de las cosas modernas. Me explico. No veo sobresalir solo una biopolítica afirmativa del umbral de un pensamiento italiano viviente como si los vientos de la fortuna, levantándose de no sé dónde, por una variación imprecisa de las corrientes que mueven la energía, empujados a la escena por extrañas desviaciones, soplasen en esa habitación abriendo puertas y ventanas²⁴. Una sacudida de las fuerzas que eleva la vida más allá de la legibilidad del mundo, llevándola a su vértice, como pura potencia del ser. Pensamiento viviente. Ciertamente. Aunque advertido de la presencia de un concepto de oposición que no obstante ser constitutivo de la ciudad, de la relación entre los ciudadanos y la libertad, conoce un límite más allá del cual su positividad no puede sino invertirse en su opuesto, y entonces dividiéndose y rompiéndose cada subjetividad política, pasando de la bondad de la desunión a la tragedia silenciosa de la guerra civil. Como en Roma después de la ley agraria y en Florencia durante toda su *historia*.

No, la libertad de la política, la política absoluta, es tal si también puede disolverse en el vacío que ha cavado debajo de ella, hundirse en el mal que no tiene fondo, y no solo entrar cuando esté necesitada de hacerlo. La libertad de la política es hasta que pueda revocarse en su opuesto, suspenderse en el verdadero caso de excepción, luchar a favor del pasado oprimido, deponer la propia potencia de ser, alienándola a cualquiera que deje inoperativo su propio mando, desactive su dispositivo o disuelva la propia posibilidad en su mismo origen sin que dialéctica alguna opere y que el círculo de negación se cierre. La libertad de la política es tal porque, libera de cada presupuesto como de cada principio, autónoma tanto en el principio como en su final, aquella es libre de no suceder, de no ser, de aparecer solamente, o, mejor dicho, de parecer ser el ser mismo, el aparecer o el ser nada. La libertad de la política es una idea que se ofrece a la observación de la filosofía porque su verdad no es una explicitación que destruye el misterio, sino una revelación que le tributa justicia. La libertad de la política es lo que es, porque allí donde aquella aparece, en la coyuntura de los tiempos, para el evento de la cosa, o porque la fortuna ofrece solo la ocasión y el mundo se abre a su propia contingencia irreductible, de modo tal de poder ser tomada solo porque es sorprendida en acción, allí mismo, en la brecha, en el darse de un tal pasaje al límite, y llegar a la presencia, al extremo posible de su acaecer, donde descubre lo imposible, lo que no es, lo que no llega a existir, esa misma “parece”, no es. Se desvela, pero como oscuridad. Es una sombra, no una *noche oscura*. Mueve al amante y a la amada. Los ata y los deshace. Los estrecha y los abandona. Nunca aquella simula y disimula. La libertad de la política es libre de pasar a otro estado obedeciendo la única orden cuya intimación acepta dócilmente –la ley de la mutación–. Política absoluta pero como cualidad de los tiempos. Una ley que es diferente de los *arcana imperi*, más arte del gobierno que la razón de estado²⁵. Una ley que anuda un alto vínculo curvo, que custodia solamente un secreto, sin omitirlo de su publicidad, la inobservancia de la ley, la prescripción de cada ley, la invalidación de cualquier juramento o promesa, o religión. La fuerza y el consenso. La persuasión y la retórica. No necesariamente la traición y la intriga. Es por eso que creo que el poder de Maquiavelo no tenga un rostro demoníaco sino una mirada animal. Es decir

²⁴ Esposito, *Pensiero vivente*.

²⁵ Sobre el tema M. Foucault, *Sécurité, territoire, population*, ed. M. Senellart, Paris, Seuil/Gallimard, 2004.

que puede olvidarse de sí con cada parpadeo, pero nunca cierra los ojos de una vez por todas, dejando ver el trono vacío que cubre su gloria. Y que el lecho de su historia sigue siendo la ciudad y no la corte. Eso es porque el príncipe es, o bien, tiene que parecer ser *zorro y león*, y no debe ser, o mejor dicho, no está necesitado de ser, el hombre de los lobos. Por eso, finalmente, es posible que los hombres estén tristes, así como ellos olvidan primero la muerte de su padre que la pérdida de su herencia. Hay un pesimismo del saber sin el optimismo de la voluntad. Quien ha atravesado el miedo, quien ha cruzado sus múltiples rostros a través de la tierra desolada que va desde la “mala elección” al *Albergaccio* –quien olvida cada molestia, quien no teme la pobreza y no se sobrecoge frente a la muerte– es sobre todo aquel que ha llegado y ha tocado la sola realidad que cuenta y vale, aquel que, en la calle, la taberna o en el estudio, no puede más dejarse encantar por los juegos, por las figuras, por las máscaras, por las ficciones, por los artificios, que los hombres han construido por sí mismos, cuando no han encontrado en su camino, ilusiones que todavía preparan alrededor de su propia vida para distraer al pensamiento de la idea que retorna cuando llega la noche, el fantasma de una peligrosa, inquietante, libertad. “Todo me transfiere a ellos”, en diálogo con los muertos, después de escuchar a los vivos, Maquiavelo descubre que los hombres, si son interrogados sobre la cuestión de la libertad, sobre la naturaleza de su problema, colocados delante de tal aflicción, responden al respecto lo que la libertad parece ser y no es, apasionándose de lo que ella carece, no de lo que goza, ignorando sus prácticas, intercambiando su liberación privada por su más propia posibilidad, a fin de proseguir el deseo, la esperanza, el valor, el espíritu, la fe, el sueño, la razón, la historia, es decir, una idea de libertad, libertad negativa o libertad positiva, y nunca *retornar* a la verdad efectiva de su cosa.

IV

Sea la verdad efectiva de la cosa, incluso antes de la imaginación de la misma, en lugar de la obediencia a su mandato²⁶. Nunca una expresión de Maquiavelo fue malentendida como lo que aparece en el capítulo XV del “opúsculo”, en un viraje de pensamientos que se aparta de las órdenes de los otros, y, además, como algo útil a quienes lo entienden. Palabras desde las cuales mirarse, como desde una roca, casi el lema de su idea de escritura. El destino desgraciado de la interpretación. Sin embargo, la expresión se introduce convenientemente en el *Príncipe*, por una sola vez, como una indicación de un método, y además objetivo de la investigación, después de una ruptura con la posición teórica de aquellos, los “muchos”, que escribieron antes de él sobre las formas de gobernar del príncipe nuevo, sobre la fuerza y el consenso. La verdad efectiva de la cosa es un nuevo comienzo. Una ontología de la obra. El ser posible de la libertad de la política. No me detengo en la antigua concepción de la verdad como una revelación, en la batalla alrededor de su nombre, *aletheia*, sobre el vuelco de las posiciones que se realiza en su esencia a través de la doctrina platónica de las ideas. Un viraje estratégico desde la revelación del fenómeno hasta la certeza del sujeto que hace que la verdad sea una contraseña del comportamiento humano en

²⁶ Machiavelli, *Il Principe e Discorsi*, p. 65 [81]. El célebre cap. xv. Sobre el tema *Machiavelli: immaginazione e contingenza*, ed. F. Del Lucchese, L. Sartorello, S. Visentin, Pisa, ETS, 2006. En particular, he tenido presentes los escritos de F. Frosini e V. Raspa.

relación con la realidad. No digo nada acerca de la verdad como correspondencia o representación, de la verdad como un acuerdo entre una preposición y un estado de cosas, solo sé que de esta manera despliega su trama de conceptos desde Aristóteles a Hegel, pasando por Tomás de Aquino y luego Descartes. La verdad efectiva de la cosa es diferente de la verdad de la filosofía. No hay palabra de la filosofía política que restituya el “verdadero” estado de excepción que ella eleva en el campo del saber y del poder. Solamente en el vórtice del origen, donde el origen es inmanente al devenir, y continúa actuando en él, la idea resulta decible, convoca en su símbolo el nombre propio; en otras palabras, donde el origen no se aleja en un punto remoto en el tiempo, sino que fluye en el devenir de la historia, la idea no está en un lugar, sino que se conecta en un modo especial con el acontecer del fenómeno expresando, por primera vez, la lengua en general y la lengua de los hombres²⁷.

Apelo a dos autorizados intérpretes de Maquiavelo, autores con una sensibilidad singular y diferentes perspectivas, Leo Strauss y Gennaro Sasso. Les pido a ellos echar luz sobre el asunto. El primero ha captado la enseñanza de Maquiavelo en su oposición a los principios que subyacen a la filosofía clásica. Si esta última se interrogaba sobre cómo se debe vivir, o lo que se debe hacer, alcanzando de esa manera a describir repúblicas y principados que son imaginarios, o que existen solo en palabras, la verdad efectiva de la cosa concierne al modo en que se ve a los hombres vivir o cuánto se ve hacer a los hombres, es decir, aquello que existe solo en los hechos y no en las palabras²⁸. El segundo acentúa la polémica de Maquiavelo con los “muchos”, señalando una tradición de pensamiento que ha imaginado estados o fantaseado repúblicas, nunca vistos o conocidos por ninguno, y por la poca experiencia de la realidad, no ha entendido qué diferente es el así llamado ideal, diverso de lo efectivo, diverso incluso del mundo en el cual se querría vivir, y aquel mundo en el cual se vive. Una polémica de dignidad que Maquiavelo le enrostra. Cuando el pensamiento deviene cosa entre las cosas, el riesgo es que los sueños de los visionarios se desvanezcan con sus descripciones edificantes de hombres llenos de bondad y pureza, dejándose atrás solo un campo de escombros²⁹. Bien. Son palabras verdaderas, todas, por caridad de la patria, pero lo que aquellas no sorprenden es la efectividad de lo verdadero, la vida mientras sucede. Ellas no ven el presente, no ven en el presente lo que del presente no se ve, la verdad de la imaginación, el contragolpe de la reacción, el parpadeo de lo invisible, lo sorprendente de la contradicción, por tanto, un destello de encierro, la imaginación de la verdad, la posibilidad de lo imposible, el hacer en el lugar de la acción, la política que se impone sobre la historia. No cepillan, como habría dicho Benjamin de la tarea del historiador materialista, la historia a contrapelo. Y no dicen del presente aquello que del presente no se quiere oír, la palabra oprimida, los susurros y los gritos, el tumulto de las pasiones, el lenguaje vernáculo, el silencio de los subordinados. La profecía de la historia. Cierra sus libros ¿Pero, entonces, dónde buscar?

Hay una página de Gramsci en *Notas sobre la política de Maquiavelo* que encontré, por una afortunada casualidad de quien lee en horas de desvelo, y que deseo citar³⁰. Viene de otro exilio de la palabra. De una prisión de la verdad completamente

²⁷ W. Benjamin, *Il dramma barocco tedesco*, en *GS*, II, cit.

²⁸ L. Strauss, *Thoughts on Machiavelli*, Glencoe (Illinois), The Free Press, 1958.

²⁹ G. Sasso, *Niccolò Machiavelli*, Bologna, il Mulino, 1980.

³⁰ A. Gramsci, *Noterelle sulla politica del Machiavelli*, ed. C. Donzelli, Torino, Einaudi, 1981, pp. 79-81. En

diferente. Descosido del vestido de un hombre antiguo. Gramsci extrae de la lectura de Maquiavelo la interpretación del partido político como un príncipe moderno. Son cosas sabidas u olvidadas. El carácter fundamental del *Príncipe* es ser un libro viviente, en el que la ideología y la ciencia política se funden en la forma dramática del mito. Pero el nuevo mito no puede ser una persona real, o el impulso vital de la clase que lucha en la huelga general, como lo imagina Sorel, sino el partido político, una forma en la que tenga inicio el concretarse de una voluntad colectiva reconocida y parcialmente afirmada en la acción. Alguien dirá que son cosas del siglo pasado. O que tu cabeza está llena de extravagancias. Alguien, que no se ha escondido en las sombras que el tiempo histórico ha prolongado sobre esta luz del pensamiento, sugiere en cambio que el mito como construcción de la relación virtuosa entre organización y clase, entre partido y pueblo, actúa como la única fuerza capaz de contrastar incluso hoy la violencia de la personalidad autoritaria. Un fármaco contra la enfermedad autoinmune de la democracia, que interrumpe el otro mito, blando y coloidal, el de la participación informada y deliberativa de la sociedad civil en la esfera pública, que bloquea la estetización de la política, como habría dicho Benjamin, antes que esta converja con el punto en el cual la masa compacta del pequeño burgués descarga las propias fuerzas reactivas, por no querer virar a la cara la propia miseria creciente, o bien la guerra civil internacional, o sea contrasta exactamente lo opuesto de eso que, se imagina, debería tener lugar y no sucede, porque no es efectiva la verdad de la cosa con la cual se corresponde, la indeterminación de la esfera pública con la publicidad de la política, su resolución común en una imagen que se repite a sí misma³¹. Una fuerza del pasado que revela cómo el mundo no solo se haya mantenido siendo fábula, sino también cómo la fábula termina convirtiéndose en comunicación, entretenimiento infinito y anuncios. *Cuadernos de la prisión*. La obra de la solidaridad de la clase en lucha.

Y, sin embargo, es otra la página que corresponde a la verdad efectiva de la cosa, la palabra que escucha en el presente lo que los “muchos” no pueden oír, la realidad como su posibilidad, es decir, que el deber ser de la cosa es la misma cosa pero en cuanto algo que actúa, nunca una imaginación privada, un amor con las nubes, una arbitrariedad del pensamiento, un voluntarismo de significados. Aquí hay una página realmente extraviada, que en vano uno se molesta en buscar entre aquellas leídas y pasadas. Una página traída por los vientos de la fortuna. Gramsci escribe que Maquiavelo es un hombre de parte, de pasiones poderosas, un político en acto, que quiere crear nuevas relaciones de fuerzas y por lo tanto no puede no ocuparse del deber ser. Creador, suscitador, es el político en acto, pero su creación no proviene de la nada, ni se mueve en el turbio vacío de sus deseos o sueños, porque se basa en la verdad efectiva de la cosa. Y luego la pregunta a la cual él se refiere de acuerdo a la cualidad de los tiempos:

¿Qué es la realidad efectiva? ¿Es quizás algo estático e inmóvil y no sobre todo una relación de fuerzas en continuo movimiento y cambio de equilibrio? Aplicar la voluntad a la creación de un nuevo equilibrio de las fuerzas realmente existentes y operantes, fundándose sobre aquella que se considera progresista, y reforzándola

español: A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Traducido por José Aricó, Nueva Visión, Buenos Aires, 1984.

³¹ W. Benjamin, *L'opera d'arte nell'epoca della riproducibilità tecnica*, en *GS*, VI, cit.

para hacerla triunfar, es moverse siempre en el terreno de la realidad efectiva, pero para dominarla y superarla. El “deber ser” es por consiguiente lo concreto o mejor, es la única interpretación realista e historicista de la realidad, la única historia y filosofía de la acción, la única política³².

Los “muchos” dirán que el Maquiavelo de Gramsci marca una toma de distancia de la filosofía de los predilectos de Croce, o de su escuela, como inconsciente e inquietante trayecto de aproximación al acto puro de Gentile. Todavía son aquellos, los mismos, que no *retornan* a la verdad efectiva de la cosa para indicar las trayectorias correctas de la interpretación en el camino principal de la filosofía. El sendero accidentado, inestable, peligroso, fortuito, que hemos forjado no se avergüenza de buscar la efectividad en el presente, de perseguir su vida póstuma, escrutando una vez más la corrupción política de nuestro tiempo, para ver si allí, por esta vía, no la malignidad de la suerte, sino aquello que queda de nada, esa miserable Italia, por una desviación de las cosas de la naturaleza, no se dirige a la decadencia de la democracia, a la dictadura de la ignorancia, al lento marchitarse de cada espacio de política civil, donde al hedor del bárbaro dominio que se eleva desde lo bajo de una economía política neoliberal se le mezcla un rancio olor autóctono como tramas inconfesables de poder oculto. Me detengo.

Una idea imprevista y bizarra, una extravagancia a la que no doy espesor ni vuelvo a limpiar, está delante de mis ojos —un pequeño castillo de pensamientos que desearía sostener con las manos, aunque los hombres crean más en los ojos que en las manos—. Sí, al resonarme en la cabeza, antes del final, está la palabra más conocida del *Príncipe*, la palabra del origen en cuanto palabra del fin. Su primera conjetura. *Arruinar*. La posibilidad que siempre está en acto. La autonomía de la política contempla tal posibilidad; una posibilidad de que, cualquiera que sea su ropaje, no se puede exorcizar y desterrar del mundo con agua bendita. Una posibilidad de la cual, quizás, ha llegado la hora de su legibilidad. Afuera el miedo, desenfrenado el *katechon*, la responsabilidad del intelectual es ir más allá, dar un salto hacia adelante, o dar un paso hacia atrás, y alcanzar a los hombres antiguos, en los senderos de un lenguaje todavía inacabado. Esto debe hacer el intelectual, hoy, si él, como dijo Pasolini, sobre las cenizas de Gramsci, es aquel que sabe —ir más allá—. O bien confrontar el pensamiento de Maquiavelo en la oscuridad contemporánea, en estas tinieblas de la democracia, como si las sombras que se alargan fuesen el vórtice de otro origen, donde la verdad efectiva de la cosa —la filosofía en acto y la historia en acto— como destituida de su propio ser, es. Y juzgar. Porque no hay *Jetztzeit*, no hay presente del tiempo que no sea el ahora de una determinada cognoscibilidad³³. Sea la catástrofe del poder en el tiempo en el que el principio mismo que lo funda y lo legitima parece caduco, o es absorbido por un vacío como el más allá para el barroco. A veces política y profecía declinan el mismo verbo. Cuando el desierto crece, extinguir al enemigo puede significar tener que penetrar a través de la paradójica línea de sombra de sus posiciones, volcarse en su opuesto, y la acción debe correr detrás de su propio espejismo antes de reconocerse en el espejo del propio enemigo como algo ya previsto por su estrategia. *Arruinar*. El polo negativo del *Príncipe*, el hecho a frustrar al cual se dirigen, pero

³² Gramsci, *Noterelle sulla politica del Machiavelli*, cit., p. 80 [50].

³³ El pensamiento de Benjamin disemina, otra vez más, sus fragmentos mesiánicos, como sus *chances* de liberación, entre las líneas de mi escrito. Cfr. Benjamin, *Sul concetto di storia*, en *GS*, VII, cit.

sin éxito, todos los preceptos del tratado. El tiempo en su propia actualidad. Su verdadero estado de excepción. Aquí está el espectro que deambula frente a la publicidad de la política, el espíritu que desordena los tiempos, arrojado como el fantasma de la libertad por el espectáculo integrado de sus comercios con el mundo. *Arruinar*. Como para fray Girolamo Savonarola, en sus últimos días, profeta desarmado; como para Cesare Sforza, el Valentino, en los días de malas decisiones. La historia se constituye no como el desplegarse de una vida eterna, sino como el proceso de una incontenible decadencia, según cuanto habría dicho Benjamin, restituyendo la palabra perdida, en cuanto tal, a la belleza de una alegoría cualquiera.

¿Podemos nosotros que estamos en lo bajo precipitar desde lo alto? Camino por un lado y extraigo por el otro, como Maquiavelo. No obstante –nunca como ahora tal adverbio oscila entre la excepción y la regla– no sé si el príncipe que hoy presume de la gloria del poder tenga el favor *de sus otros ciudadanos* o no, ni si haya obtenido tal principado con el consenso del pueblo o la ayuda de los grandes. No sé cuándo él arruinará. Pero de los dos humores diversos que se encuentran en cada ciudad, uno solo se descompone cuando cae la ciudad, el deseo del pueblo de no ser controlado ni oprimido por los grandes. Lo que crece por encima del cúmulo de ruinas acumuladas a los pies del ángel de esta, nuestra historia, sino como algo que ya se ha malogrado, echado a perder, por el olor aún más putrefacto que una cosa muerta, porque desde siempre ha sido representado, es el otro humor, el deseo de los grandes de mandar y oprimir al pueblo. El principado incivil. La tormenta que sopla desde el paraíso levanta el velo de la democracia de la identidad y del consumo. El progreso siempre tuvo el rostro retocado de la estetización de la política, los rasgos tecnocráticos que ya aparecieron en el fascismo, que hoy vuelven a estar de moda en la mismísima crisis de las condiciones de exposición del hombre político en una persona precisa, y en particular frente a los representantes³⁴. Ahora los tumultos se acallan, en despecho de la euforia de las multitudes. Donde los parlamentarios han devenido en sí mismos un público aclamador. Y estamos apenas en el otoño de nuestro descontento. El viaje de invierno en la indolencia del príncipe, como en la desesperación de cada *res publica*, está lejos de venir. Cada uno puede extraer todavía de su propia miseria una fantasmagoría de la felicidad. Pronto, no más. En el tiempo que queda la exhortación de Maquiavelo a apoderarse de Italia, una empresa para la cual no faltará la ocasión o la disposición conveniente, la susodicha vida póstuma de la obra de arte política, deviene la pequeña puerta por la cual, según Benjamin, en cada momento, puede entrar el Mesías. Maquiavelo todavía evoca a Moisés frente al mar que se abre y una nube que vislumbra el camino. Él conoce la órbita invisible que mantiene unidas la profecía y la política. Así como ella describe, incluso antes de exigir, la formación de un pueblo. Y luego de la necesidad recíproca de príncipe y pueblo. Nunca dejará de interrogarse sobre el virtuoso príncipe. Debería haber dejado atrás a Moisés, “siendo un simple ejecutor de las cosas que Dios le había ordenado”, sin embargo, lo admira por la misma gracia que lo hacía digno de hablar con Dios³⁵. Sin embargo, reconoce que su carisma no habría sido efectivo si él no hubiera encontrado al pueblo de Israel esclavizado y oprimido en Egipto, es decir, dispuesto a seguirlo para salir de la servidumbre. El éxodo se convierte en la primera lucha a favor del pasado oprimido. La oportunidad revolucionaria de cualquier devenir político. Quien lo dice está en

³⁴ W. Benjamin, *L'opera d'arte nella sua riproducibilità tecnica*, en *GS*, VI, cit.

³⁵ N. Machiavelli, *Il principe e i Discorsi*, cit, p. 31 [27-8].

el exilio, proscripto, huyendo, incluso de sí mismo. En otras palabras, en la idea de libertad política resuena, sin posibilidad de eliminación, la idea de redención. No es una invitación a vivir en el diferimiento y en la dilación, sino un mandato para recordar, en el umbral de salida del libro, que el resto lo debe hacer el pueblo. Del mismo modo, el adagio que a cada una de sus generaciones, lo podemos repetir todavía retomando desde aquí hasta el final las tesis *Sul concetto di storia*, ha estado consignada una débil fuerza mesiánica, a la cual el pasado tiene derecho, no significa confundir el Reino con el principado. El silencioso aproximarse del Mesías, que cumplimenta todo el acaecer histórico, y lo redime, es también el paso decisivo para comprender cuanto la esfera de la política sea del todo autónoma respecto a aquél, operando su *dynamis* en una dirección obstinada y contraria a la venida del Reino que incluso promueve y favorece³⁶.

Estaré equivocado. “Aquí hay una gran virtud en los miembros, en el caso de que faltara en los jefes”. Sí. “Dios no quiere hacer todas las cosas para no quitarnos el libre albedrío y parte de esa gloria que nos toca a nosotros”³⁷. Así es Maquiavelo. Como predilecto de la fortuna que en cambio soy, conozco el nombre de las virtudes necesarias en la lucha a favor del pasado oprimido, o bien de la liberación del futuro del juego de un presente homogéneo y vacío. Confianza, coraje, humor, gallardía, astucia, perseverancia, operan en retrospectiva en la distancia del tiempo, aproximándose a su fin. Aquí están las cosas finitas y espirituales que cuestionarán cada victoria que haya tocado en la historia a los dominadores.

Bibliografía

- G. Agamben, *Il fuoco e il racconto*, Nottetempo, Roma, 2014.
 —, *L'uso dei corpi*, Neri Pozza, , Vicenza 2014.
 L. Althusser, *Machiavelli et nous*, Tallandier, Paris, 2009.
 W. Benjamin, *Gesammelte Schriften*, ed. R. Tiedemann, H. Schweppenhäuser, Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1972-1989.
 F. Chabod, *Scritti su Machiavelli*, Einaudi, Torino, 1993.
 F. Chiappelli, *Studi sul linguaggio di Machiavelli*, Le Monnier, Firenze, 1952.
 F. De Sanctis, *Storia della letteratura italiana*, Rizzoli, Milano, 1983.
 G. Devoto, *Il linguaggio d'Italia*, Rizzol, Milano, 1974.
 C. Dionisotti, *Machiavellerie*, Einaudi, Torino, 1980.
 R. Esposito, *Ordine e conflitto*, Liguori, Napoli, 1984.
 —, *Communitas*, Einaudi, Torino 1998.
 —, *Pensiero vivente*, Einaudi, Torino, 2010.
 —, *Politica e negazione*, Einaudi, Torino, 2018.
 M. Foucault, *Sécurité, territoire, population*, ed. M. Senellart, Seuil/Gallimard, Paris, 2004.
 C. Ginzburg, «Machiavelli, l'eccezione e la regola», *Quaderni Storici* 112 /xxxviii, 2003.
 A. Gramsci, *Noterelle sulla politica del Machiavelli*, ed. C. Donzelli, Einaudi, Torino, 1981.
 En español: A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Traducido por J. Aricó, Nueva Visión, Buenos Aires, 1984.

³⁶ W. Benjamin, *Sul concetto di storia*, en *GS*, VII, cit.

³⁷ N. Machiavelli, *Il principe e i Discorsi*, cit, p. 103 [138-9]. Son evocadas, por última vez, algunos motivos de *Il concetto di storia*. Para una lectura de la redención en Machiavelli, pero en otra dirección, cfr. M. Viroli, *La redenzione dell'Italia. Saggio sul "Principe" di Machiavelli*, Bari, Laterza, 2013.

- S. Landi, *Lo sguardo di Machiavelli*, il Mulino, Bologna, 2017.
- N. Machiavelli, *Lettere*, ed. F. Gaeta, Feltrinelli, Milano. En español: N. Maquiavelo (2015): *Epistolario 1512-1527*, ed. y trad. de S. Mastrangelo, Fondo de Cultura Economica, Mexico, 1981.
- , *Il Principe e Discorsi*, ed. S. Bertelli, Feltrinelli, Milano, 1981. En español: N. Maquiavelo, *El príncipe*, edición y traducción I. Costa, Colihue, Buenos Aires, 2012.
- Machiavelli: immaginazione e contingenza*, ed. F. Del Lucchese, L. Sartorello, S. Visentin, ETS, Pisa, 2006.
- B. Migliorini, *Storia della lingua italiana*, Sansoni, Firenze, 1966.
- R. Ridolfi, *Vita di Niccolò Machiavelli*, Sansoni, Firenze, 1969.
- L. Russo, *Machiavelli*, Laterza, Bari, 1947.
- G. Sasso, *Niccolò Machiavelli*, il Mulino, Bologna, 1980.
- C. Schmitt, *Scritti su Hobbes*, ed. C. Galli, Giuffrè, Milano, 1986.
- L. Strauss, *Thoughts on Machiavelli*, The Free Press, Glencoe (Illinois), 1958.
- M. Tronti, *Politica e Destino*, Luca Sossella, Roma, 2006.
- M. Viroli, *Il sorriso di Niccolò*, Laterza, Bari, 2013.
- , La redenzione dell'Italia. Saggio sul "Principe" di Machiavelli, Laterza, Bari, 2013.